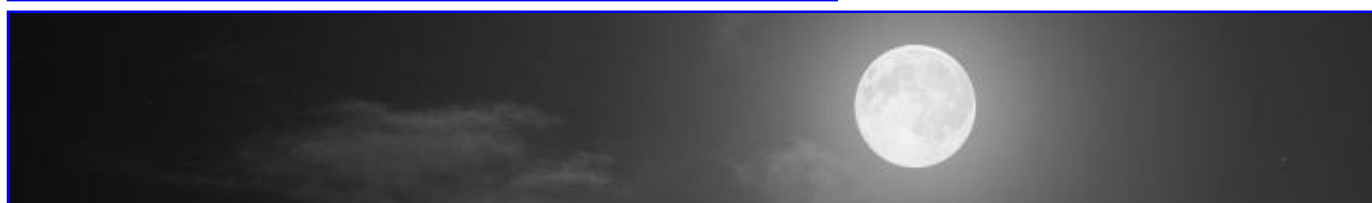


- [Inicio](#)
- [Contacto](#)
- [Colecciones](#)
- [Librería](#)
- [Catálogo](#)
- [Pedidos](#)
- [Compras en la web](#)
- [Oferta digital](#)
- [Los más solicitados](#)
- [Hispanismo](#)

[Suscribirse a nuestro canal RSS](#)



- [Inicio](#)
- [Contacto](#)
- [Colecciones](#)
- [Librería](#)
- [Catálogo](#)
- [Pedidos](#)
- [Compras en la web](#)
- [Oferta digital](#)
- [Los más solicitados](#)
- [Hispanismo](#)

Contra la postmodernidad

08/10/2011 | [Libro de la semana](#)

Ernesto CASTRO CÓRDOBA,
Contra la postmodernidad,
 Barcelona, Ediciones Alpha Decay, 2011.



La frecuencia con la que actualmente se publican y difunden libros en contra de la retórica posmoderna no para de crecer. Entre los muchos que han aparecido en los últimos meses, pueden

mencionarse el de Michel Onfray, *Freud: el crepúsculo de un ídolo* (2010), los que se han publicado en Editorial Academia del Hispanismo en colaboración con Inger Enkvist, *Contra los mitos y sofismas de la "teoría literaria" posmoderna* (2010), y *El mito del multiculturalismo*, de Teresa González Cortés (2010), y ahora el de Ernesto Castro, cuyo título, directamente, es *Contra la postmodernidad* (2011).

La tesis de este opúsculo es clarísima: la retórica posmoderna carece a día de hoy de todo fundamento y es de un irracionalismo cada vez más ridiculizable. ¿Por qué? Porque es incapaz de explicar, desde su idealismo y desde sus vacuidades verbales, los problemas a los que hemos de enfrentarnos. Hoy, el “discurso” posmoderno es ante todo lo que siempre fue, desde sus orígenes: un negocio editorial y académico. Pero hoy su incompetencia resulta mucho más evidente que antaño, y es más fácil de criticar en público. Las críticas al posmodernismo comienzan a resultar más graciosas cada día. Surgen burladores que carecen de depredadores. Los patriarcas han muerto o envejecido, es decir, han perdido poder. (Cuidado con los poderes en estado de visible caducidad...) Cualquier tiempo pasado fue mejor para Rousseau, Nietzsche, Freud, Derrida, Lacan...

En su crítica a la insuficiencia posmoderna, Ernesto Castro afirma, con razón bien explicada, que “el postmodernismo resulta ser, en la mayor parte de los casos, una réplica exacta de la ideología neoliberal”. Y tiene razón. El posmodernismo justifica la explotación de la miseria tercermundista mejor que ningún otra mitología contemporánea o discurso ideológico. La explotación de la miseria es hoy mucho más rentable que la explotación de la riqueza. Dicho de otro modo: las clases medias tienen a su alcance excelentes medios de explotación de esa miseria. Y Castro no duda en arremeter contra las ONG’s. A los posmodernos se les pueden poner de punta todos los pelos —acaso sin excepción...— leyendo este libro.

Véase, sobre el mito del otro y la retórica de la alteridad: “Enarbolar en abstracto la bandera de «lo otro» es un gesto de impotencia, nunca de subversión, máxime cuando se esgrime contra un sistema como el capitalista que, en contra de la opinión común, no tiende a la homogeneidad, sino a la reproducción *ad infinitum* de las diferencias” (48-49). He aquí la esencia de la globalización: la multiplicación de los «derechos individuales». ¿Son individuales los derechos? No... Porque un derecho individual es un *privilegio*. Sin embargo, la consecuencia de la globalización es la multiplicación de la(s) *diferencia(s)*. Pobre Derrida...

Y sobre la «tolerancia posmoderna»: “La tolerancia, como la xenofobia, es un placebo que encubre los verdaderos conflictos de intereses” (62). Es el mérito de los falsos problemas: exigir soluciones también falsas. Y hacer negocio evitando ante todo resolver los problemas reales. Dicho de otro modo: *no combatas el prejuicio, explótalo*. He aquí la máxima fundamental del discurso posmoderno.

Y sobre el mito del multiculturalismo: “La sociedad multicultural ha llegado a su fin, pero por motivos que en última instancia no responden a la cultura, sino a la economía” (63-64). Como bien ha escrito Gustavo Bueno, “la cultura es el opio del pueblo” (*El mito de la cultura*, 1997). Y más del pueblo posmoderno.

Sea como fuere, retórica y mitología posmodernas se usan, cada vez con mayor frecuencia, para ser objeto de ridículo. Quien no quiera verlo tendrá que permanecer fial a su autismo gremial. Y, por supuesto, que no lea el libro de Ernesto Castro: “El *pensiero debole* carece de proyecto y se entretiene en pensar de nuevo lo ya pensado” (76); se habla de *ontología necrofílica* para designar el gusto de los seguidores de Heidegger por el regusto del ser para la muerte (*Sein zum Tode*); “En tiempos de crisis como los nuestros, cuando se les exige a los intelectuales un esfuerzo más en el compromiso con lo concreto, estas propuestas son el colmo del escapismo, una broma filosófica sin gracia resultante de la *trombosis conceptual* y la *diarrea mental* que caracteriza a los anacrónicos herederos de Heidegger” (80-81); “El ejemplo más claro es Lyotard, quien pasó de la política marxista (décadas de 1950 y 1960) a la ontología posmoderna (años setenta y ochenta) y de ahí a la ciencia ficción (años noventa). En relación con el capitalismo, Lyotard fue incapaz de encontrar un término medio entre el escapismo y la paranoia” (90).

Esperamos, ahora, libros dignos de titularse *Contra Nietzsche*, *Contra Lacan*, *Contra Derrida*, etc... Un poco de paciencia. La gente más joven y mejor preparada está descubriendo lo rentable que puede ser burlarse críticamente de la postmodernidad. Y si no, que se lo pregunten a Ernesto Castro.

Jesús G. Maestro • 7 octubre 2011